



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

SUYOS ERAN LOS PÁJAROS

MARJA-LIISA VARTIO

TRADUCCIÓN DE LUISA GUTIÉRREZ RUIZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2020

TÍTULO ORIGINAL: *Hännen olivat linnut*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© Marja-Liisa Vartio, 1967

© de la traducción, Luisa Gutiérrez Ruiz, 2020

© Errata naturae editores, 2020

c/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-56-7

DEPÓSITO LEGAL: M-27792-2020

CÓDIGO BIC: FA

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

—Bueno, no hablemos más del asunto.

—No, pero si yo no...

—¿Cómo habría podido decir yo algo tan tonto? —dijo la deana—. Tan tonta no soy.

Alma guardaba silencio.

—Las cosas como son, si el chantre hubiese corrido enseguida a dar la alarma, la rectoría no se habría quemado.

—¿Acaso no fue el chantre quien los despertó?

—Sí, después. Pero, en un principio, aunque vio que la rectoría estaba ardiendo, no hizo nada.

—Las llamas no aparecieron tan rápido. Y el chantre tomó el humo por niebla —dijo Alma.

—Ay, ay, ¿acaso Alma estaba allí? ¿Por qué lo dice?

—Usted misma dijo que el chantre lo tomó por niebla. ¿Cómo si no iba yo a saberlo?

—Ay, ay.

—Ésas fueron sus palabras, pero bueno, qué más da, yo no afirmo nada.

—No hablemos más del asunto —dijo la deana—. Dejémoslo estar.

Pero, ahora que había surgido el tema, tenía que hablar.

—La gente repitió la historia del chantre, la misma que Alma ha oído. Sí, si lo sabré yo. Que un poco antes de las cinco se despertó por casualidad, que salió a la calle y que si no se hubiera despertado quién habría advertido el fuego. Habríamos perecido todos con la rectoría si él no se hubiese despertado. Eso es lo primero que contaba, claro. Pero ¿por qué no dio la alarma enseguida? Luego ya explicaba que al principio tomó el humo por niebla. Como la rectoría se había construido en un lugar tan húmedo, demasiado cerca de la orilla... Y que tal vez no había distinguido las llamas porque se había permitido que el bosquecillo de alisos creciera tupido y sombreara el huerto de coles. Aquello era un reproche dirigido a nosotros. A las cinco, un poco antes de las cinco, me desperté, repetía. Yo no escuché la historia de sus labios, no, no hubiese prestado oídos, pero me la han contado. Claro, siempre a eso de las cinco, un poco antes de las cinco, como si hubiese venido a despertarnos justo antes del fin del mundo. Me desperté un poco antes de las cinco, y si no me hubiese despertado, qué hubiera pasado, me desperté, salí y lo tomé por niebla. Eso es lo que decía. Creía que el deán estaba quemando broza. Había visto a Birger rastrillando hojas la noche anterior, la noche del sábado, y resulta que

pensaba que el humo procedía de los montones de hojas. También aquello era un reproche. Las hojas debían recogerse y compostarse, y, además, Birger no debería rastrillarlas. Hay que dejar que las hojas se descompongan, eso es lo que quería decir el chantre. Pero el deán las estaba quemando un domingo a las cinco de la madrugada. No dijo exactamente que Birger lo hubiese hecho, pero pretendía dar a entender que podía haberlo hecho. Le dije a Birger en repetidas ocasiones que él era el único deán sobre la faz de la tierra que toleraba semejante comportamiento por parte de un chantre, pero él se limitaba a encogerse de hombros. Casi como si creyera que el chantre tenía derecho a comportarse como se comportaba y a decir todo lo que decía. Qué más me daba a mí el asunto, por mí no lo decía.

—De todos modos, fue el chantre quien les despertó. Y aquel paraje de alisos está ciertamente imposible.

—Así que Alma ha estado por ahí... Yo, después de aquel día, no. He pasado de largo, pero si se hubiera construido allí la nueva rectoría, no me habría mudado, no. Yo misma elegí el lugar para la nueva casa parroquial. Aunque no dispuse nada, Birger disponía lo que había que disponer. Pero se lo dije yo. Claro, Alma ya estará informada por el chantre. Es inútil que yo diga nada.

—Por mi parte no sé más que esa historia. La contaba a la menor ocasión.

—Y Alma la escuchaba.

—La escuchaba como quien escucha cualquier otra cosa. ¿Qué tiene eso de malo?

—¿Decía algo especial?

—No, decía lo que aquí ya se ha hablado, lo mismo que la deana. Pero una cosa sí que comentaba: que si hubiese sido más lento, todo habría acabado mal.

—No pretendía quitarle ese honor al chantre.

—Ya por aquel entonces era un hombre de avanzada edad.

—Cierto, cierto, un hombre de avanzada edad que corrió con el corazón a punto de estallar para despertar a toda la rectoría.

—La deana no debería ser malvada.

—No estoy siendo malvada, pero si se hubiese hablado tanto de Alma como se ha hablado de mí, entonces sabría la atención que hay que prestar a las habladurías. Yo he tenido que aprender.

—Pues él me mostró cómo desde allí, desde su jardín, había corrido hasta la rectoría, y si quiere saber mi opinión, creo que cualquiera habría hecho lo mismo, y encima en mitad de la noche, y no sé si otro habría reaccionado con tanta presteza.

—Ay, Alma, bien que lo sé. Si yo sé cómo fue y sé lo que se habla por ahí.

—Una cosa siempre se reprochaba a sí mismo, que al atravesar corriendo el cementerio no se acordara enseguida de la pequeña portezuela que le habría evitado escalar la tapia, a él, un hombre mayor. Eso decía, nada más. Que si de alguna manera hubiese conseguido dar la voz de alarma antes, la rectoría no se habría quemado.

—Pues no creo que hubiese podido evitarlo.

—Quién sabe si lo hubiese logrado, pero como escogió el camino más recto... —dijo Alma.

—Si..., si... Yo estaba allí.

—Tal vez si hubiera bajado hacia la carretera y luego la hubiera seguido y desde allí se hubiera desviado hacia la rectoría, habría sido más rápido.

—En realidad, no habría influido en nada. Quizá se habría salvado un pájaro más si hubiese actuado en cuanto vio las llamas y no se hubiese quedado allí plantado, en el jardín de su casa, extrañándose de que el deán anduviera quemando hojarasca a las cinco de la madrugada. Después, por lo visto, no paraba de gritar: «¡Fuego! ¡La rectoría se quema!». Yo no sé si es cierto. Nadie lo oyó. Yo dormía. Y qué más le daba a él, no era su incendio. Lo más importante para él era ponerse a vocear. ¿Y Alma dice que se culpaba? Ese individuo jamás se ha reprochado nada a sí mismo. Puede que hiciera cábalas sobre las distintas alternativas, como sobre qué camino habría tenido que tomar cuando corría para contarnos que la rectoría estaba ardiendo. Pero, en un principio, tomó el humo por niebla.

—Como usted misma dijo.

—Alma no lo sabe. Al final todos culpaban a Birger. En fin, no hablemos, no hablemos más del asunto. Alma tiene sus opiniones y puede mantener sus opiniones, aunque es gracioso, sí, que coincidan con las historias del chantre.

—Pero si el hombre ya ha muerto.

—No estoy hablando mal de él.

—Ni él tampoco dijo una mala palabra sobre usted.

—No, una mala palabra no. Una mala palabra no se dijo, pero se rumoreaba. Se pensaba. Igual que se oye en las palabras de Alma si uno está acostumbrado a escuchar no lo que la gente habla sino lo que dice. Eso es algo que he aprendido. Y el chantre no estaba solo, otros muchos piensan igual. Y en la voz de Alma oigo la voz del chantre, la voz del chantre y de su mujer. Y diciendo esto no estoy hablando mal de los muertos, Alma.

—No he dicho que lo hiciera.

La deana guardó silencio.

—Fue un gran contratiempo —apaciguó Alma.

—Incluso tú dices que fue un contratiempo —dijo la deana despacio—, pero no comprendes que fue una gran desgracia.

—Cierto, cierto, una gran desgracia.

—Fue una gran desgracia en la vida de Birger, y no la causó sólo el incendio. La causaron las personas.

Alma lo comprendió. Guardó silencio. Luego continuó con el tema desde otra perspectiva.

—Es que ocurrió en mitad de la noche. Si uno piensa que una noche cualquiera, esto, por ejemplo, podría empezar a arder... Parece increíble. El mismo chantre dijo que le espantaba el sonido de su propia voz cuando, estando ya en el cementerio, gritaba: «¡Fuego! ¡Fuego!». Ya sabe, en mitad de la noche. Y ya era hora de despertarles, que para entonces las llamas salían por las ventanas. ¿Qué otra cosa se puede hacer en un momento así?

La deana sonrió.

—Si se hubiera conservado la calma, aún, pero el chantre armaba tal circo que nadie comprendía qué estaba ocurriendo. En primer lugar, tenía que habernos despertado con tranquilidad, pero estuvo un rato corriendo alrededor de la casa; no cayó en la cuenta de despertar al servicio o de golpear las ventanas. Si Alma ha pasado por delante de las ruinas, entonces sabrá que era un edificio largo, aún más grande que éste.

—Debió de ser un edificio grande, sí.

—Y él corría alrededor de la casa. ¡Quién sabe cuántas vueltas dio! Aporreaba la puerta principal y la puerta del despacho parroquial. ¿Qué sentido tiene eso? «Un incendio no es algo que se trate en el despacho parroquial», me dijo Birger cuando se enteró del disparatado comportamiento del chantre. Habría actuado de otra manera, desde luego, si hubiese querido. Pero no quiso. Al principio no comprendí que allí había ardido algo más que la rectoría. Fue la gran desgracia de la vida de Birger.

Alma sabía cómo continuaría la conversación.

—Bueno, Alma ha estado allí, ha visto las ruinas. Después de aquello, yo ni siquiera he sido capaz de mirar en esa dirección.

—Una vez fui por allí porque hay frambuesas.

—Bueno, ¿y qué vio, Alma?

—No hay nada que ver. Se han llevado hasta las piedras.

—Sí, han usado las piedras, y no queda ni rastro del zócalo. Lo han utilizado para alargar la tapia del cementerio.

—Pero aún quedan esos árboles grandes, los arces y los otros.

—Todo arrasado.

—La nueva rectoría no está tan cerca del lago.

—No, pero, antes de que se acabara de construir, a Birger se le acabaron las fuerzas, con eso y con otras cosas.

—¿Cuánto tiempo llegaron a vivir allí? ¿Un par de años?

—Antti apenas recuerda que viviéramos en la rectoría nueva, de allí prácticamente no recuerda nada. Ni a su padre. Alguna vez me he preguntado si es cierto lo que se dice, que algunos incidentes pueden influir en un niño ya antes de nacer. Holger siempre se ríe cuando lo menciono. No quiere hablar del incendio. Ellos no quieren ver lo que significó aquello. Pero yo tengo tiempo para reflexionar sobre las cosas.

Alma le sirvió a la deana otra taza de café.

—Birger falleció dos años después del incendio; por aquel entonces, Antti tenía poco más de un año. Levantar la nueva rectoría no fue tan sencillo como en un principio me dijeron. «Quédense con nosotros mientras, pronto podrán entrar a vivir en la nueva rectoría», decían todos. No llevábamos allí ni un año cuando Birger murió. Pasé allí sola el año de gracia y Holger y Teodolinda, que acababan de contraer matrimonio, empezaron a prepararme para el hecho de que tendría que mudarme de la casa parroquial antes de que el año de gracia llegara a su fin, como si yo misma no lo hubiese comprendido. Quizá pensarán que tenía intención de quedarme allí con Antti el resto de mi vida, aunque ya se disputaban el puesto de

Birger; el lugar se consideraba tan bueno que había muchos postulantes.

—Por suerte tenía usted esta casa, un sitio al que ir. —Alma se adelantó y repitió lo que la deana solía decir llegadas a este punto.

—Si a eso se le puede llamar suerte... —dijo ahora la deana—. A esta casa la llamaban la casa del alguacil, aunque el alguacil hacía tiempo que había fallecido. Birger la compró en una subasta judicial para que fuera su residencia en la vejez. Por entonces, iba acompañada de tierras, pero se habían vendido, de modo que en vano me enviaban por ella. Aquí me limito a dejar pasar la vida. Los demás tienen las suyas. Me he quedado aquí, adónde iba a ir. En esta familia soy una extraña, claro. Pero a veces me siento más cercana al padre de Birger, al alguacil ese sobre el que Alma seguramente habrá oído decir tantas cosas, y al tío Onni, yo también lo llamo tío Onni, aunque no era mi tío. Jamás lo conocí, era el hermano del padre de Birger, el tío de Birger y Elsa y Teodolinda. Era mayor que el padre de Birger y pasó gran parte de su vida en San Petersburgo. Pero aquí murió y suyos eran los pájaros. De él heredó Birger su afición por la ornitología. El tío Onni fue quien despertó su interés por los pájaros, cuando él era aún un escolar. Por aquel entonces ya tenía que ser muy mayor. Había sido conservador en San Petersburgo. Birger reunió su propia colección, claro, y eso que no era ningún coleccionista, sino un estudioso de los modos de vida de las aves. Te lo habré enseñado ya, su nombre sigue apareciendo en los libros, era un auténtico hombre

de ciencia. Y Birger conservó también los pájaros del tío Onni, aunque se les caían las plumas. De los que me quedan, ese mochuelo es el único de los tiempos del tío. Lo disparó él y, naturalmente, también lo disecó él. Es un carabo lapón, así que es bastante extraño que bajara hasta aquí, tan al sur. Antes de fallecer, Birger alcanzó a reunir una nueva colección, no a la altura de la anterior, pero, de todos modos, recuerdo que pareció tranquilizarse cuando logró ver nuevos pájaros expuestos detrás del cristal de los armarios. Las vitrinas se mandaron hacer enseguida.

Sonaba a reproche, y ahora la deana no quería decir una palabra de reproche.

En ese momento, y siempre que la deana, cuyo nombre de pila era Adele, hablaba tan íntimamente con Alma —llamaba al deán Birger y a una de sus hermanas Teodolinda, en lugar de referirse a ella como la hermana del difunto deán o la esposa del boticario, y decía Elsa en lugar de la otra hermana del difunto deán o la esposa del médico, la esposa del doctor; y las dos juntas eran entonces las hermanas del difunto deán—, en su voz se escuchaba que, aunque los acercaba, aunque los llevaba abajo, a la cocina, eran, sin embargo, inalcanzables, igual que ella misma, aunque estuviera sentada a la mesa de la cocina tomando un café. Pero, si bien siguió hablando de la misma manera, poco a poco las palabras empezaron a fluir con más facilidad, y la distancia que separaba al difunto deán de Birger desapareció.

—Pero no hablemos más de este asunto. Es un asunto largo y complicado. Demasiado complicado —dijo la

deana—, no hablemos, no hablemos —repitió, e hizo un gesto de rechazo con la mano, como si alguien le estuviera insistiendo para que continuase.

—La deana se agita en balde y no va a conciliar el sueño —dijo Alma—. No hablemos.